

Toledo y la Mujer Toledana

No hay Geografía sin Historia. No hay hecho sin escenario. Es cosa bien sabida y comprobada que las circunstancias geográficas y el ambiente, junto con la herencia, influyen grandemente en la vida de los seres... Geografía Humana, en fin.

En esta Fiesta de la Poesía que, por serlo, lo es de Homenaje a la Mujer, vamos a librarnos al intento de señalar cómo la Geografía y la Historia de Toledo, a través de épocas, razas y pueblos que pasaron por nuestra ciudad, dejaron su impronta, su huella y su marca en la figura, en los sentimientos, en el carácter, en la psicología, en fin, de la mujer toledana.

Partiendo de la Toledo romana, pasando por la visigótica y la arábiga hasta la llegada triunfal del Renacimiento, podremos constatar esa influencia si nos dedicamos a una profunda observación.

En el orden físico veremos cómo los distintos estilos arquitectónicos que en Toledo se han ido sucediendo a través de los tiempos y las invasiones, influyeron en la figura de la mujer, pudiendo establecer la siguiente conclusión:

En el rostro de la mujer toledana, de la mujer racialmente toledana, se unen, en maravillosa conjunción, los arcos árabe y ojival. El árabe, circundando la amplia frente, buscando su apoyo en los graciosos lobullillos de las finas orejas. El arco ojival buscando, invertido, su suavísima clave en la linda barbilla. La raza hebrea estampó en esa cara el color blanco mate, un poco amoratado por los soles ardientes de la Palestina bíblica.

Y la raza agarena, la de los desiertos y soles africanos, abrió abismos de luz y de misterio, de profundidad y melancolía, en esos ojos que, de tan grandes y abiertos como son, copian todo el cielo de una vez... Y las rosas de Alejandría dejaron en sus labios finos su regalo de fuego y de sangre, de perfume y de color.

Y el Renacimiento que traía de Italia suaves inquietudes y santas rebeldías,

¿qué es lo que brindaba a la mujer? Pues le brindaba ese aire grácil y juncal, de levedad de pluma y vuelo de ángel, que le permite escribir lindos versos cuando andan por las calles incómodas, rugosas como pergaminos viejos de nuestra ciudad.

No es lanzar la fantasía a vuelos amplios decir que Berruguete buscara la inspiración para sus portentosas esculturas del Coro catedralicio paseando una y otra vez por las calles y paseos toledanos a la hora meridiana, cuando la mujer, recatada y animosa, sale de la misa de una de la Catedral.

No sería extraño que Villalpando recorriese pensativo la geografía urbana de Toledo, buscando en la mujer el modelo perfecto de las cariátides de su famosa reja del Altar Mayor.

Y tampoco lo sería que Salvatierra buscara su inspiración en la misma fuente para su Santa Isabel de Hungría, que dice heroísmo y dulzura en el Trascoro, frente a la Puerta neoclásica que se abre, de vez en cuando, para que el sol de mediodía quiebre la penumbra de nuestro templo Primado.

Seguramente el Cardenal Portocarrero, al acopiar maravillas italianas, para el Transparente, que luego encargaría Astorga y Céspedes a Narciso Tomé, pensaría en la mujer toledana al escoger aquella Virgen, Madre de Dios, que entre columnas rotas, nubes densas, bronce dorados y angelotes rubios, nos mira, dulce y serena, desde su trono celestial.

Sí, señoras y señores; esa mujer toledana necesariamente tiene que ser la que brindara su espíritu y su belleza y encendiera luces de inspiración a los grandes artistas que dejaron o dejan, para la Historia y el Arte, sus creaciones inmortales.

Y esa mujer es la misma de antaño y de hoy. Es la que 25 años há, orlaba con friso de rosas y azucenas los balcones de Zocodover cuando, a la caída de la tarde, los cadetes enhiestos y marciales, al compás de la «*Marcha de los Voluntarios*», vencido el repecho

del Miradero, subían la Cuesta del Alcázar hacia la fortaleza imperial.

Es la misma que copió de la matrona romana su apostura y dignidad. Que aprendió de la mujer visigoda su amor a la independencia, el misticismo y la fe. Que recogió los vuelos hacia el infinito de la imaginación agarena. Que cuajó lumbre de pasión con las 3.000 horas soleadas que todos los años regala a Castilla su cielo intensamente azul. Que moduló en sus labios la voz dulce y cantarina de los campaniles conventuales que en la noche alta llaman a Maitines a las siervas del Señor. Esa mujer que inspirara a Bécquer, a través de unos visillos transparentes, el bellissimo poema de «Las tres fechas», cuyo desenlace muriera tras las celosías de Santo Domingo el Real. Esa mujer que es luz y aroma, canción, y poesía, y amor de buena ley. Que no se adapta a los ritmos sin concierto, ni a la poesía cerebral, ni al arte futurista, ni a la música exótica...

Cuando la Primavera abre las ventanas y balcones de la ciudad, no es raro adivinar cómo dos azucenas acarician el nácar moreno del viejo piano, dejando en nuestro oído evocaciones nostálgicas al saborear «El relicario», «Tristeza de amor» o los *tangos de Carlos Gardel*... Y esa es la clásica, la auténtica mujer de Toledo.

* * *

No obstante, las cualidades que la aureolan de virtud y de belleza, la juventud masculina de esta hora, casi toda la juventud de esta hora, suele prestar más atención al deporte físico que al espiritual deporte del amor. Lee con más avidez las páginas encendidas y apasionadas de «MARCA», o las tropicales del «COYOTE», que los versos clásicos y románticos de Bécquer, Espronceda, Rubén Darío, Amado Nervo o Campoamor. Convierte su pasión en idolatría cuando se trata de Di Stéfano o Bahamontes, de Galiana o de Poblet.

Parece preferir el olor a gasolina de la moto estrepitosa que el perfume